

# LA TIERRA EN LLAMAS

BERNARD CORNWELL

# LA TIERRA EN LLAMAS

Sajones, vikingos y normandos

Traducción de Gregorio Cantera



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Burning Land*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: febrero de 2015

© Bernard Cornwell, 2009

© de la traducción: Gregorio Cantera, 2010

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C  
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2000-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 22837-2014

Impreso en España

La tierra en llamas  
*está dedicada a Alan y Jan Rust*

## ÍNDICE

Mapa .....	10
Árbol genealógico.....	13
Topónimos.....	15
Primera parte:	
EL SEÑOR DE LA GUERRA .....	19
Segunda parte:	
VIKINGO.....	173
Tercera parte:	
VELANDO ARMAS.....	301
Nota histórica .....	495



Bamburgh

Río Tyne

Durham

NORTHUMBRIA

York

MERCIA

Río Severn

ANGLIA  
ORIENTAL

Dunwich

Gloucester

Lechlade

Ashdown

Río Tamesis

Londres

Thundersley  
Benfleet

Isla de Canvey

Eashing  
Farnham

Río Wey

Isla de Sheppey

Winchester

WESSEX

Canal de la Mancha



0 10 20 30 40 50 millas

MAR  
DEL NORTE

Islas Frisias

Zuiderzee

Río Waal

Río Rin

Río Mosa



# FAMILIA REAL DE WESSEX



## TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto al nombre. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados más adelante, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande (871-899 d. C.). En 1956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Nor hymbralond para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

Æsc's Hill	Ashdown, Berkshire
Æscengum	Eashing, Surrey
Æthelingæg	Athelney, Somerset
Beamfleot	Benfleet, Essex
Bebbanburg	Castillo de Bamburgh, Northumbria

Caninga	Isla de Canvey, Essex
Cent	Kent
Defnascir	Devonshire
Dumnoc	Dunwich, Suffolk (en la actualidad casi engullida por el mar)
Dunholm	Durham, condado de Durham
East Sexe	Essex
Eoferwic	York
Ethandun	Edington, Wiltshire
Exanceaster	Exeter, Devon
Farnea Islands	Islas Farne, Northumbria
Fearnhamme	Farnham, Surrey
Fughelness	Isla de Foulness, Essex
Grantaceaster	Cambridge, Cambridgeshire
Gleawecestre	Gloucester, Gloucestershire
Godelmingum	Godalming, Surrey
Hæthlegh	Hadleigh, Essex
Haithabu	Hedeby (sur de Dinamarca)
Hocheleia	Hockley, Essex
Hothlege	Hadleigh Ray, Essex
Humbre	Río Humber
Hweal	Río Crouch, Essex
Lecelad	Lechlade, Gloucestershire
Liccelfeld	Lichfield, Staffordshire
Lindisfarena	Lindisfarne (Holy Island), Northumbria
Lundene	Londres
Sæfern	Río Severn
Scaepege	Isla de Sheppey, Kent
Silcestre	Silchester, Hampshire
Sumorsæte	Somerset
Suthriganaweorc	Southwark, gran Londres
Temes	Río Támesis
Thunresleam	Thundersley, Essex

Tinan	Río Tyne
Torneie	Isla de Thorney, desaparecida, a un paso de la estación de metro de West Drayton, cerca del aeropuerto de Heathrow
Tuede	Río Tweed
Uisc	Río Exe, Devonshire
Wiltunscir	Wiltshire
Wintanceaster	Winchester, Hampshire
Yppe	Epping, Essex
Zegge	Isla legendaria de Frisia

## PRIMERA PARTE

### El señor de la guerra

## CAPÍTULO I

No hace mucho tiempo, pasé por un monasterio. Ahora mismo sólo recuerdo que se alzaba en alguna parte de lo que una vez fuera Mercia. Era un día lluvioso de invierno. Volví a casa con un grupo de no más de doce hombres. Lo único que buscábamos era un sitio donde cobijarnos, un poco de comida y entrar en calor, pero los monjes nos recibieron como si una cuadrilla de hombres del Norte hubiera llamado a su puerta. Uhtred de Bebbanburg estaba bajo su techo, y es tal el respeto que impone mi nombre que supusieron que no tardaría en enviarlos al otro mundo.

—Sólo queremos un trozo de pan, un poco de queso si os queda y un trago de cerveza —conseguí hacerles entender, no sin esfuerzo, al tiempo que arrojaba unas monedas al suelo de la estancia—. ¡Pan, queso, cerveza y un lecho caliente! ¡No pedimos nada más!

Al día siguiente llovía a cántaros; tanto, que parecía el fin del mundo. Así que me decidí a esperar que amainase el viento y el tiempo se tomase un respiro. Dando una vuelta por el monasterio, me encontré en un liento claustro donde tres monjes de aspecto miserable copiaban unos manuscritos, bajo la atenta mirada de un fraile mayor, de pelo canoso y gesto hosco y amargado, que llevaba una estola de piel encima de la sotana y sostenía un vergajo por si decaía, supongo, el denuedo de los copistas.

—No debéis distraerlos, señor —me reconvinó desde el

taburete en que estaba sentado junto a un brasero, cuyo calor no llegaba, desde luego, a los escribanos.

–No puede decirse que las letrinas estén como los chorros del oro –repliqué–, mientras vos estáis aquí, mano sobre mano...

El anciano monje se quedó callado; me coloqué a espaldas de los copistas de dedos entintados y eché un vistazo a la tarea que se traían entre manos. Uno de ellos, un muchacho con aspecto de haragán, labios gruesos y un bocio más que acentuado, copiaba una vida de san Ciarán que refería cómo un lobo, un tejón y un zorro habían aunado fuerzas para erigir una iglesia en Irlanda. Si el joven monje era capaz de creer tales patrañas es que era tan lerdo como su aspecto daba a entender. El segundo escribano se dedicaba a algo más útil: copiaba la donación de un terreno que tenía toda la pinta de ser una falsificación. Los monasterios son muy dados a inventarse antiguas cesiones para demostrar que algún remoto rey, ya casi olvidado, donó en su día cierta y próspera propiedad a la iglesia con el fin de obligar al legítimo dueño de la tierra a devolver el terreno o a satisfacer una cantidad desmesurada a modo de compensación. En cierta ocasión, fui objeto de una de esas jugarretas. Un cura me presentó unos documentos: me cisqué en ellos, envié una veintena de guerreros armados hasta los dientes a las tierras en litigio y le hice saber al obispo que podía pasarse a tomar posesión de los terrenos cuando más le conviniera. Ni lo intentó siquiera. La gente inculca a sus hijos que para llegar a ser alguien hay que trabajar mucho y llevar una vida de privaciones. Nada de eso: se trata de una estupidez tan grande como creer que un tejón, un zorro y un lobo capaces son de levantar una iglesia. La mejor forma de hacerse rico pasa por que lo nombren a uno obispo o abad de un monasterio cristiano para, con todas las ben-

diciones del cielo, mentir, trampear y robar a sus anchas, y así llevar una vida regalada.

El tercer joven copiaba un cronicón. Retiré la pluma para ver lo que acababa de escribir.

–¿Sabéis leer, mi señor? –preguntó el viejo, como quien no quiere la cosa, aunque la ironía se notaba a la legua.

–«En aquel mismo año –leí en voz alta, señalando el párrafo con el dedo–, un nutrido ejército de paganos recaló de nuevo en Wessex, una horda mucho más numerosa que las que se habían visto hasta entonces, que devastó los campos y suscitó terrible tribulación entre el pueblo de Dios de la que, gracias a Nuestro Señor Jesucristo, les libró lord Etelredo de Mercia, quien se llegó hasta Fearnhamme al frente de sus tropas, infligiendo una severa derrota a los infieles.» ¿En qué año ocurrieron tales hechos? –pregunté al escribano.

–En el año de Nuestro Señor de 892, mi señor –respondió el muchacho, atemorizado.

–¿Qué es, pues, lo que estáis copiando? –insistí, pasando rápidamente los pliegos del pergamino que reproducía.

–Un cronicón –repuso el anciano monje, en su lugar–; los anales de Mercia, mi señor. Es el único ejemplar que existe, y estamos haciendo una copia.

Volví los ojos a la página que el joven acababa de escribir.

–¿De modo que fue Etelredo quien libró a Wessex de aquel ataque? –pregunté sin ocultar mi indignación.

–Así fue, mi señor –contestó el viejo–, con la ayuda de Dios.

–¿De Dios? –refunfuñé–. ¡Decid más bien con mi ayuda! ¡Fui yo quien libró aquella batalla, no Etelredo!

Ninguno de los monjes se atrevió a despegar los labios. Se me quedaron mirando. Exhibiendo una feroz sonrisa que

dejaba al descubierto una boca medio desdentada, uno de mis hombres se apostó en uno de los extremos del claustro.

–¡Yo sí que estuve en Fearnhamme! –continué, haciéndome con aquella única copia de los anales de Mercia y pasando sus rígidos folios con rapidez: Etelredo, Etelredo, Etelredo..., y ni una palabra de Uhtred, apenas alguna que otra mención de Alfredo, y tampoco nada de Eteflada; sólo Etelredo. Llegué, por fin, a la página que refería los sucesos posteriores a la contienda de Fearnhamme. «En aquel año –seguí leyendo en voz alta–, por la gracia de Dios, lord Etelredo y Eduardo el Heredero condujeron a los hombres de Mercia hasta Beamfleot, donde Etelredo causó gran carnicería entre los paganos, arrebatándoles un enorme botín.» ¿Así que Etelredo y Eduardo estaban al frente de aquel ejército? –pregunté al anciano monje, sin quitarle los ojos de encima.

–Eso es lo que se consigna ahí, mi señor –repuso azorado, sin el menor asomo de la altanería de que había hecho gala antes.

–¡Yo estaba al mando de aquellos hombres, malnacido! –exclamé irritado, al tiempo que me hacía con las páginas copiadas y la crónica original, dispuesto a arrojarlas al brasero.

–¡No! –gritó el viejo, con voz desesperada.

–Es una sarta de mentiras –repliqué.

–Son crónicas recopiladas y conservadas durante cuarenta años, mi señor –reconoció con humildad, al tiempo que alzaba una mano suplicante–. ¡Son la historia de nuestro pueblo! ¡Es la única copia que conservamos!

–Una sarta de mentiras –repetí–. Yo estuve allí. Yo estuve en lo alto de la colina de Fearnhamme y en la poza de Beamfleot. ¿Acaso podríais vos decir lo mismo?

–Sólo era un niño, mi señor –repuso estremecido al ver que me disponía a arrojar los manuscritos al fuego; trató de rescatar los pergaminos, pero le obligué a apartar las manos.

–Yo estuve allí –insistí, mientras contemplaba cómo se oscurecían, se retorcían y crepitaban aquellos documentos antes de que el fuego se enseñorease de sus bordes–. De sobra sé lo que me digo.

–¡El trabajo de cuarenta años! –exclamó el anciano monje, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

–Si de verdad queréis saber lo que pasó, daos una vuelta por Bebbanburg y yo mismo os lo contaré.

Ni que decir tiene que nunca más volví a saber de ellos. Por supuesto, no fueron a verme.

Pero yo sí que estuve en Fearnhamme, donde da comienzo este relato.

## CAPÍTULO II

Una mañana de otros tiempos, yo era joven, y el mar, ni más ni menos que un estallido de reflejos plateados y rosados que centelleaban bajo jirones de bruma que emborronaban el litoral. Al sur, Cent; al norte, Anglia Oriental; Lundene, a mis espaldas, y el sol, alzándose en el cielo, encendiendo las contadas y minúsculas nubes que se resistían al avance del amanecer de un día radiante.

Estábamos en el estuario del Temes. Iba a bordo del *Seolferwulf*, una embarcación de factura reciente que hacía agua, como todas las que acaban de dejar la grada. Lo habían construido unos artesanos frisios con madera de roble de singular blancura; de ahí, el nombre que le había puesto, *Lobo plateado*. Siguiendo nuestra estela venían el *Kenelm*, así llamado en honor de alguno de los santos mártires que veneraba el rey Alfredo, y el *Dragón errante*, un barco que habíamos arrebatado a los daneses, una espléndida nave, como sólo ellos saben construirlas: elegante depredadora, de fácil manejo y letal en combate.

El *Lobo plateado* era también una maravilla: larga quilla, manga ancha, proa enhiesta. Lo había costeado con mi dinero; de mi bolsa había salido el oro con que pagué a los carpinteros frisones, sin perderlo de vista ni un momento mientras crecían sus cuadernas, como una piel las recubría el maderamen de cubierta, y coronada con una cabeza de lobo esculpida en roble también y pintada de blanco, en la

que asomaba una lengua roja, con unos ojos también rojos y unos colmillos amarillos, su orgullosa proa se alzaba por encima de la grada del astillero. El obispo Erkenwald, señor de Lundene, me había echado en cara que no hubiese pensado en el nombre de algún melindroso santo cristiano, al tiempo que ponía en mis manos un crucifijo con la pretensión de que lo clavase en el mástil de la nave. En vez de eso, prendí fuego a su dios y su cruz de madera, mezclé las cenizas con manzanas en mal estado y se las eché de comer a mis dos cerdas. Yo soy fiel devoto de Thor.

Aquella lejana mañana, cuando todavía era joven, surcábamos aquel mar de color rosa y plateado rumbo al este. La cabeza de lobo que coronaba la proa iba cubierta con una frondosa rama de roble, que daba a entender que no albergábamos intenciones de atacar, aunque mis hombres vestían cota de malla y habían colocado armas y escudos junto a los remos. En el atillo del timón, Finan, mi lugarteniente, permanecía en cucullas a mi lado y, entretenido, escuchaba al padre Willibald, que hablaba por los codos.

—Otros daneses han aceptado la misericordia de Cristo, lord Uhtred —dijo una vez más, una insensatez que repetía sin cesar desde que habíamos zarpado de Lundene; yo se lo consentía porque me caía bien: era un hombre impetuoso, incansable y animoso—. ¡Con la ayuda de Dios —insistía—, llevaremos la luz de Cristo a esos paganos!

—¿Por qué será que los daneses no nos mandan misioneros? —le pregunté.

—Porque Dios no lo permite, mi señor —repuso Willibald, comentario que fue recibido con enérgicos gestos de aprobación por parte de su compañero, un cura cuyo nombre olvidé hace mucho.

—¿No será que tienen mejores cosas en qué pensar? —apunté.

–Si los daneses tienen oídos para escuchar, mi señor –replicó muy convencido de lo que decía–, ¡recibirán el mensaje de Cristo con alegría y regocijo!

–Estáis como una cabra, padre –le dije con cariño–. ¿Sabéis cuántos misioneros de Alfredo se han llevado por delante?

–Debemos estar preparados para recibir el martirio, mi señor –contestó el religioso, con un deje de inquietud.

–Les rajan sus clericales barrigas –añadí con toda intención–, les sacan los ojos, les cortan las gónadas y les arrancan la lengua. ¿Os acordáis de aquel monje que nos encontramos en Yppe? –le pregunté a Finan, mi lugarteniente, un proscrito irlandés que, si bien educado en la fe cristiana, profesaba una religión tan entreverada de mitos populares que apenas tenía que ver con la doctrina que el padre Willibald predicaba–. ¿Cómo murió aquel infeliz?

–Lo despellejaron vivo. ¡Pobre diablo! –repuso Finan.

–¿No comenzaron por los dedos de los pies?

–Así es; lo desollaron lentamente. Debieron de dedicarle unas cuantas horas –aclaró Finan.

–Pero no le arrancaron la piel; no es posible desollar a un hombre como a un cordero –apunté.

–Cierto –convino Finan–. Hay que despegársela. ¡Hay que tener mucha fuerza para hacer una cosa así!

–Era un misionero –le aclaré a Willibald.

–Y un bienaventurado mártir también –añadió Finan, que se lo estaba pasando en grande–. El caso es que, al final, debieron de aburrirse, porque lo remataron, aserrándole la barriga.

–¿No fue a hachazos? –pregunté como si nada.

–No; utilizaron una sierra, mi señor –replicó Finan, con malévola sonrisa–; lo abrieron en canal con una sierra de enormes dientes.

El padre Willibald, que siempre sucumbía al mareo cuando iba en barco, fue dando tumbos hasta uno de los costados de la nave.

Pusimos rumbo sur. Con sus bancos de arena y sus fuertes corrientes, el estuario del Temes es un mar traicionero, pero llevaba cinco años surcando aquellas aguas y apenas necesitaba fijarme siquiera en mis lugares de referencia en tierra para saber que nos dirigíamos a la costa de Scaepege. De repente, frente a nosotros, entre dos barcos varados apareció el enemigo, los daneses. Debían de ser un centenar o más, todos pertrechados con cotas de malla, yelmos y relucientes armas.

–Disponemos de hombres suficientes para acabar con ellos –le susurré a Finan.

–¡Quedamos en que veníamos en son de paz! –nos recordó el padre Willibald, mientras se limpiaba los labios con la manga de la sotana.

Así era, en realidad, y así lo hicimos.

Ordené que el *Kenelm* y el *Dragón errante* se quedasen por las marismas próximas a la costa, mientras el *Lobo plateado* se dirigía hacia el suave promontorio de arena que se alzaba entre los dos buques daneses. Con un siseo de los remos, la nave se dejó llevar por su propio impulso hasta encallar. La marea estaba subiendo, de modo que estaría a buen resguardo durante un rato. Salté, pues, desde la proa y fui a parar a un cenagal fangoso y profundo por el que, a zancadas, llegué a tierra firme, donde aguardaban nuestros enemigos.

–¡Mi lord Uhtred! –exclamó el jefe de los daneses a modo de saludo, muy sonriente y con los brazos abiertos; rechoncho, de cabellos rubios y mandíbula cuadrada, con una barba dividida en cinco gruesas coletas, rematadas con broches de plata, llevaba en los antebrazos unos relucientes brazaletes de oro y de plata, y lucía un tahalí con tachones

de oro del que pendía una maciza espada de hoja ancha; tenía todo el aspecto de ser un hombre al que le iban bien las cosas, lo cual era cierto; su semblante dejaba traslucir una franqueza capaz de inspirar confianza, lo que ya no lo era tanto—. ¡Encantado de volver a veros —añadió con una amplia sonrisa—, mi viejo y apreciado amigo!

—*Jarl* Haesten —repuse, otorgándole el tratamiento que sabía que más le complacía, aunque para mis adentros pensase que no era sino un pirata.

Lo conocía desde hacía muchos años. En cierta ocasión y como culminación de un día nefasto, le había salvado la vida; desde entonces, había tratado de acabar con él, pero siempre se las había apañado para salir de rositas. Se me había escapado de entre las manos cinco años antes y, por lo que me habían contado, desde entonces se había dedicado al pillaje por tierras de los francos, donde había amasado una fortuna, había hecho otro hijo a su mujer, se había puesto a la cabeza de una hueste guerrera y se había presentado en Wessex con una flota de ochenta barcos.

—Confíaba en que fuerais vos el emisario de Alfredo —dijo, al tiempo que me tendía la mano.

—Si Alfredo no me hubiese ordenado que viniese en son de paz —repliqué, mientras se la estrechaba—, a estas alturas no conservaríais la cabeza encima de los hombros.

—Ladráis mucho —contestó con una risotada—. Aunque ya se sabe: perro ladrador, poco mordedor.

Pasé por alto el comentario. No había ido en busca de pelea, sino para cumplir el encargo que me había hecho el rey Alfredo de llevar misioneros a Haesten. Mis hombres habían ayudado a bajar a tierra a Willibald y a su acompañante, que, a mis espaldas, esbozaban nerviosas sonrisas de circunstancias. Habían resultado elegidos porque hablaban danés. También llevaba para Haesten un mensaje en forma

de rico presente, que desdeñó con calculada indiferencia, insistiendo en que lo acompañase hasta su campamento antes de entregárselo.

Scaepege no era el campamento principal de Haesten, que se encontraba más al este, en una playa protegida por un fortín de nueva planta donde había dejado los ochenta barcos a buen recaudo. Nada más lejos de su intención que llevarme a aquel lugar. De ahí su insistencia en verse con los enviados de Alfredo en los desolados parajes de Scaepege, tierra de humedales, cañaverales y cenagosas marismas incluso en verano. Había llegado dos días antes, con tiempo para levantar una especie de fuerte, rodeando un promontorio con una cerca de maleza de espino, donde había plantado dos tiendas de lona.

—Comamos algo antes, mi señor —añadió con gesto pomposo, señalando una mesa montada sobre unos caballetes, rodeada de una docena de taburetes. Finan, dos de mis hombres y los dos curas venían conmigo; Haesten dejó muy claro que de ninguna manera pensaba compartir mesa con los clérigos—. No me fío ni un pelo de esos hechiceros cristianos —adujo—, así que tendrán que conformarse con el suelo.

El festín consistió en un guiso de pescado y un pan más duro que una piedra, servido por unas esclavas sajonas medio desnudas; ninguna tendría más de catorce o quince años. Pendiente de mí, Haesten no dudaba en humillarlas para exasperarme.

—¿Son de Wessex? —me interesé.

—Por supuesto que no —respondió, como si la pregunta estuviera fuera de lugar—. Las capturé en Anglia Oriental. ¿Os gusta alguna, mi señor? Fijaos en esa preciosidad, ¡esos pechos tan firmes como manzanas!

Le pregunté a la muchacha de los pechos pequeños y

prietos dónde la habían capturado. Tan asustada estaba que, en vez de responder, se limitó a menear la cabeza sin decir nada, y me sirvió cerveza endulzada con bayas.

–¿De dónde eres? –insistí una vez más.

Haesten miró a la muchacha, regodeándose en sus pechos con parsimonia.

–Responde al señor –le dijo en inglés.

–No lo sé, mi señor –dijo la chica.

–¿De Wessex? ¿De Anglia Oriental? –volví a preguntarle–. Dime de dónde procedes.

–De una aldea, mi señor –contestó. No sabía nada más, así que bastó un gesto para que se retirase.

–Confío en que vuestra esposa se encuentre bien –me comentó, sin dejar de mirar a la joven mientras se alejaba.

–Así es.

–Me alegra oír eso –dijo en un tono bastante sincero, antes de entornar los ojos con picardía–. ¿Qué mensaje me traéis de parte de vuestro señor? –me preguntó, llevándose una cucharada del caldo del guiso de pescado a la boca, al tiempo que unos chorretones le caían por la barba.

–Que os alejéis de Wessex –respondí.

–¿Que me vaya de Wessex? –Parecía consternado, como si no acabara de creerse lo que acababa de oír, mientras con la mano apuntaba los desolados marjales que nos rodeaban–. ¿Qué hombre en su sano juicio querría alejarse de estos contornos, mi señor?

–Debéis abandonar Wessex –insistí sin dar mi brazo a torcer–, prometer que no invadiréis Mercia, entregar dos rehenes al rey y acoger a los misioneros que os envía.

–¡Misioneros! –replicó, señalándome asombrado con la cuchara de cuerno que tenía en la mano–. ¡Supongo que, cuando menos, no estaréis de acuerdo con semejante decisión, lord Uhtred! Vos servís a los verdaderos dioses –añadió,

al tiempo que se daba media vuelta y observaba a los dos curas-. Quizá los mande a mejor vida.

-Hacedlo -repuse- y os sacaré los ojos de las cuencas.

Reparó en el tono amenazante de mi voz y pareció sorprendido. Advertí un fulgor de odio en su mirada, pero sus palabras sonaron mesuradas.

-¿Os habéis hecho cristiano, mi señor?

-El padre Willibald es amigo mío -me limité a decir.

-Haberlo dicho antes -me espetó con un deje de reproche-, y no os habría gastado semejante broma. Por supuesto, que pueden quedarse a vivir con nosotros y hasta predicar su fe, pero no sacarán nada en limpio. ¿De modo que Alfredo exige que me lleve mis barcos a otra parte?

-Cuanto más lejos, mejor -repliqué.

-Pero ¿adónde? -preguntó con fingida candidez.

-¿Qué tal Frankia? -apunté.

-Los francos ya me pagaron con tal de que los dejase tranquilos. Incluso construyeron barcos para que nos marcháramos cuanto antes. ¿Acaso estaría Alfredo dispuesto a hacer lo mismo?

-Debéis iros de Wessex -insistí con machaconería-, tenéis que dejar Mercia en paz, tenéis que aceptar a los misioneros que os envía y tenéis que entregarme los rehenes que el rey reclama.

-Ya; los rehenes... -empezó. Se me quedó mirando durante unos segundos y, como si se hubiera olvidado del asunto, añadió señalando al mar-: ¿Dónde podríamos ir?

-Alfredo os paga para que os alejéis de Wessex -contesté-; donde quiera que vayáis no es cosa mía, pero procurad que sea lejos del alcance de mi espada.

Haesten se echó a reír.

-Vuestra espada, mi señor, lleva mucho tiempo criando herrumbre en su vaina -dijo, mientras agitaba el pulgar

por encima del hombro, señalando al sur—. Wessex arde por los cuatro costados —afirmó, complacido—, y Alfredo os tiene atado de pies y manos.

No le faltaba razón. A lo lejos, hacia el sur, unos penachos de humo tiznaban de negro el cielo estival allí donde ardían una docena, o más, de aldeas. Eran las únicas humaredas que alcanzaba a ver, pero sabía que había muchas más. Estaban devastando el este de Wessex y, en vez de pedirme ayuda para verse libre de los invasores, el rey me había ordenado que me quedase en Lundene y repeliese cualquier posible ataque contra la ciudad. Haesten esbozó una mueca a modo de sonrisa.

—A lo peor Alfredo piensa que ya sois viejo para pelear, mi señor...

No respondí a tamaño insulto. Cuando me paro a recordar aquellos tiempos, pienso que aún era joven, y eso que ya debía de andar por los treinta y cinco, o frizando los treinta y seis años. La mayoría de los hombres no llegan a esa edad, así que podía considerarme afortunado. No había perdido fuerza ni destreza a la hora de empuñar la espada: tan sólo me había quedado una leve cojera, consecuencia de una vieja herida recibida en el campo de batalla, y gozaba del máspreciado reconocimiento a que puede aspirar un hombre de armas, mi renombre. Sabedor de que era yo el peticionario, Haesten se complacía en aguijarme.

Si me encontraba en tan penosa situación era porque dos flotas danesas habían arribado a las costas de Cent, la zona más oriental de Wessex. La de Haesten era la menos numerosa y, hasta entonces, se había contentado con erigir el mencionado fortín y permitir que sus hombres llevasen a cabo sólo las incursiones necesarias para conseguir alimentos y algunos esclavos. Ni siquiera se había tomado la molestia de perturbar la navegación por el Temes. No buscaba un

enfrentamiento directo con Wessex en aquel momento, sino que permanecía a la espera de los acontecimientos que pudieran producirse en el sur, donde había tocado tierra una flota vikinga mucho más importante.

A las órdenes del *jarl* Harald el Pelirrojo, más de doscientos barcos rebosantes de guerreros ávidos de sangre habían recalado en aquella parte del litoral. Tras arremeter contra una fortaleza a medio construir y pasar a cuchillo a la guarnición que la defendía, sus hombres llevaban a cabo toda suerte de tropelías por tierras de Cent, incendiando y matando, haciendo esclavos y saqueando. Ellos eran los causantes del humo que ennegrecía el cielo. Alfredo se había puesto en marcha contra los invasores; pero el rey ya era mayor y estaba cada vez más enfermo, de modo que cedió el mando de las tropas a su yerno, lord Etelredo de Mercia, y a su hijo mayor, Eduardo el Heredero.

Total, para nada. Habían conducido a los hombres hasta la gran cordillera arbolada que se alzaba en el centro de Cent, desde donde podían emprenderla contra Haesten, por el norte, o caer sobre Harald, si así lo decidían, por el sur. Pero, temerosos de que si lanzaban un ataque contra uno de los dos ejércitos daneses, el otro arremetiese contra ellos por la retaguardia, no se habían movido de sitio. Hasta el punto que Alfredo, convencido de que había de vérselas con enemigos mucho más poderosos, en lugar de ordenarme que dirigiese mis huestes contra Haesten y permitir que tiñera aquellos marjales de sangre danesa, me había enviado a parlamentar con él, con instrucciones de sobornarlo para persuadirlo de que debía abandonar Wessex. Con Haesten fuera de escena, pensaba el rey, su ejército estaría en mejores condiciones de plantar cara a los despiadados guerreros de Harald.

El danés se escarbó los dientes con un espino hasta sacarse una raspa de pescado.

–¿Por qué vuestro rey no se decide a atacar a Harald?  
–preguntó.

–Eso es lo que vos quisierais –repuse.

–Si Harald se marchara –admitió con una sonrisa burlesca– y, de paso, se llevase con él a esa golfa retorcida que no le deja ni a sol ni a sombra, muchos de sus hombres se unirían a mí.

–¿Golfa retorcida, decís?

–Se llama Skade –dijo en voz baja, encantado de estar al tanto de algo que yo no supiera.

–¿Os referís a la esposa de Harald?

–Su mujer, su ramera, su amante, su hechicera o lo que sea.

–No tenía ni idea.

–Ya os enteraréis de cómo las gasta –añadió muy convencido–; si tenéis la oportunidad de conocerla, no os la quitaréis de la cabeza así como así, amigo mío. Y si le dais pie, tened por seguro que vuestra calavera pasará a ser una más del hastial de su salón.

–¿Habéis llegado a conocerla? –le insistí al ver que hacía un gesto afirmativo–: ¿De verdad no os la pudisteis quitar de la cabeza?

–Harald es un hombre impulsivo –continuó, sin responder a mi pregunta– y, por Skade, acabará por cometer una locura. Cuando eso ocurra, muchos de sus hombres buscarán otro señor a quien servir –para añadir, con sonrisa taimada–: Dadme un centenar de barcos más y, en cosa de un año, me proclamaré rey de Wessex.

–Así se lo diré a Alfredo –repliqué–; quizás eso le anime a atacaros a vos primero.

–No lo hará –repuso sin dudar–. Si tal decidiera, los hombres de Harald no encontrarían impedimento alguno para saquear Wessex a sus anchas.